

ZONA  
LIBRE

NUNCA SERÉ UN  
SUPERHÉROE



ANTONIO SANTA ANA

Norma

---

**ZONA  
LIBRE**

# Nunca seré un superhéroe

**ANTONIO SANTA ANA**

Fotografía de cubierta:  
Eduardo Rey

**Norma**

[mx.edicionesnorma.com](http://mx.edicionesnorma.com)

Barcelona, Bogotá, Buenos Aires, Caracas, Guatemala,  
Lima, México, Miami, Panamá, Quito, San José,  
San Juan, San Salvador, Santiago de Chile, Santo Domingo.

Santa Ana, Antonio, 1963-

Nunca seré un superhéroe / Antonio Santa Ana; Bogotá:

Grupo Editorial Norma Infantil Juvenil, 1999.

144 p.: 21 cm. - (Zona Libre)

ISBN 958-04-5910-X

1. Novela juvenil argentina 2. Héroes - Novela I. Tit. II. Serie

I863.6 cd 19 ed.

AGZ9001

CEP- Biblioteca Luis-Ángel Arango

D.R. © Antonio Santa Ana, 2000

D.R. © Editorial Norma, S.A., 2000

Av. El Dorado 90-10, Bogotá, Colombia

D.R. © 2017, Educa Inventia, S.A. de C.V.

Av. Río Mixcoac 274, piso 4º, colonia Acacias,

Alcaldía de Benito Juárez, México, Ciudad de México, C. P. 03240.

Reservados todos los derechos.

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra

sin permiso escrito de la editorial.

\* El sello editorial "Norma", está licenciado por Carvajal, S.A. de C.V.,  
a favor de Educa Inventia, S.A. de C.V.

Impreso en México — *Printed in Mexico*

Cuarta reimpresión: mayo 2020

Dirección editorial: María Candelaria Posada

Diagramación y armada: Ana Inés Rojas

ISBN 978-958-45-2849-0

*Para Pepe, que no lo es.*



De cerca nadie es normal.

*Caetano Veloso*



Desconfíen de la publicidad. Háganme caso.

Estaba sentado en mi asiento, el quinto de la fila de la derecha del salón de clase, con todos mis sentidos atentos a lo que, amable y eficazmente, nos explicaba la señora Umbral, la profesora de matemática. Prestaba la máxima atención que uno puede prestar el segundo día de clases, después de haber pasado todo el verano en Buenos Aires, en un minúsculo departamento en compañía de mis dos hermanos menores, Valentín de 7 años y Josefina de 5, que son un encanto –déjenme aclararlo–, en lugar de haberlo pasado a orillas del mar bronceando mi incipiente vello

bajo los rayos de Febo, observando las curvas de bellas jóvenes sonrientes que me mirarían insinuantes, mientras yo les sonreiría con mi media sonrisa, que me marca un hoyuelo en la mejilla derecha; con una lata de coca en una mano, los walkman puestos y unas gafas oscuras ocultando mis grandes ojos rasgados. Ese es el verano que debiera gozar cualquier adolescente de trece, de sexualidad galopante, luego de haber pasado varios meses de un agobiante curso para ingresar al Colegio (así, con mayúscula, como dice mi madre) en el cual me hallaba sentado, en el quinto banco de la fila derecha del salón de clase, cuando entró ella. Ella, espiritual y sanguínea, corporal y etérea, todos los adjetivos calificativos le quedaban bien.

–Permiso –dijo con una voz angelical, si es que los ángeles hablan. Recorrió el salón con su mirada buscando un lugar donde sentarse. Yo maldije a Castaño, Sergio, que apareció de la nada el primer día de clase para ubicar su gruesa anatomía al lado de la mía. Ensayé mi mejor sonrisa (la media, que me marca un hoyuelo en la mejilla derecha) y la miré. Nuestras miradas se cruzaron, y yo bajé los ojos señalando el asiento de adelante, el cuarto de la fila de la derecha del salón de clase. Ella fue a sentarse al segundo de la fila de la izquierda en las antípodas del salón, rompiendo mi corazón en mil pedazos.

En ese instante, cuando ella se sentaba y su rubia cabellera describía un arco en el aire, cerré los ojos e imaginé que estábamos juntos en una publicidad de tarjeta de crédito. Yo bajaba las escaleras de mármol blan-

co de mi mansión, vestido informalmente y con un vaso de jugo de alguna fruta exótica en una mano y mientras ella juntaba flores en nuestro jardín, la sorprendía dándole un beso en la nuca. Ella giraba rápidamente y su blonda cabellera describía un arco en el aire mientras el sol se reflejaba en ella. Nos reíamos, mientras yo la tomaba por la cintura, buscando su boca para besarla...

–Alfonso –gritó la profesora Umbral interrumpiendo.

Volví a cerrar los ojos imaginando que protagonizábamos una publicidad de champú y nos deslizábamos por una pradera en bicicleta, yo manejando y ella con una capelina y un vestido de seda vaporoso, sentada sobre el caño. Al costado del camino flores de todos los colores, mientras cientos de pajaritos cantaban alrededor y el sol se ponía en el horizonte.

–Alfonso –volvió a gritar la profesora Umbral.

Haciendo un esfuerzo por concentrarme, cosa bastante difícil con tanto grito, salté de la publicidad al cine. Pensé que si esto fuera una película americana ella hubiese pasado al frente y con su voz angelical nos habría relatado la historia de su vida y nadie hubiera querido salir al recreo, escuchando tantas cosas interesantes que tendría para contarnos.

–Alfonso –gritó la profesora Umbral por tercera vez y recordé rápidamente que Alfonso soy yo.

–Sí, profesora Umbral –dije, mientras me ponía de pie y ensayaba mi media sonrisa que me marca un hoyuelo en la mejilla derecha.

–¿Me puede repetir lo que acabo de explicar?

Miré el pizarrón buscando ayuda pero estaba lleno de letras y símbolos extraños, sin orden ni sentido aparente.

–Siéntese, tiene un uno –dijo la profesora Umbral ante mi elocuente silencio.

Me senté, abochornado, con la vista baja evitando que se cruzara con la ocupante del segundo asiento de la fila izquierda del salón de clase, maldiciendo por lo bajo lo que la publicidad puede hacer en un joven de trece de sexualidad galopante. Desconfíen de la publicidad. Sé lo que les digo.

Volví a ser interrumpido en mis ensoñaciones, pero esa vez por Castaño, Sergio, que en un raptó filosófico me dijo: Los profesores y las palomas se parecen, te cagan cuando uno menos lo espera.

Pasé el resto de la mañana pensando en lo que dijo Castaño, Sergio (de aquí en adelante Sergio o Castaño o Sergio Castaño); y su repentino arranque aforístico. No llegué a ninguna conclusión valiosa.

El balance de mi segundo día de clase era extraño: tenía mi primera calificación, de la cual no podía jactarme; descubrí una veta insospechada en mi grueso compañero de asiento y me enamoré como un imbécil.

No sé si ustedes lo han notado, pero el amor hace que la gente se ponga tonta. Si uno es una persona lúcida, inteligente y sensible, al enamorarse se comportará como un tonto

de remate. Y si, en cambio, uno es escaso de neuronas, bueno, en ese caso no hay remedio. Es así. Conozco muchos ejemplos. Mi padre, que es un promedio entre los dos casos, después de un par de cervezas, algunas noches, comienza a mirar a mi madre con ojos libidinosos y ambos se ríen nerviosamente. En esos momentos yo acuesto rápidamente a mis hermanos y cierro la puerta de nuestro cuarto sintiendo vergüenza por esa faceta tan primaria y cercana a la subnormalidad de mis padres.

O si no, presten atención a su alrededor. Basta mirar la calle. Adolescentes abrazados en cualquier portal, cual si estuvieran cosidos uno a otro, intercambiando fluidos bucales con ojos de carnero degollado. O los otros: aquellos que van con un ramo de flores y una sonrisa cercana a la psicosis.

También conozco casos de algunas mujeres que, estando locamente enamoradas, se someten a los *tests* de las revistas femeninas, esos tipo: "Averigua si son el uno para el otro" o "Él y tú, ¿juntos para siempre?", y si le salen mal lloran a moco tendido mientras le cuentan a sus amigas: "¡Oh, Margarita! Estoy locamente enamorada de Carlos Horacio, pero el *test* de *Semanario femenino* dice que no somos el uno para el otro, ¿qué haré?"

Definitivamente el amor es una enfermedad. Y para peor yo tenía los primeros síntomas. Si alguno piensa que sangro por la herida, no se crea tan listo. Es cierto.

A la salida del Colegio la vi a ella, la culpable de mis males, con sus ojitos color miel y su nariz respinga-

da, acercarse a un motociclista, dedicándole una sonrisa mostrando sus dientes como perlas. Permítanme describirles al motociclista: podría haber sido convocado como extra para reemplazar a Sylvester Stallone en Rambo, barba de dos días prolijamente afeitada, botas texanas y campera de cuero a pesar de los treinta grados a la sombra. En fin. Mi corazón fue apretado por una prensa industrial. Se sabe que con Rambo nadie puede.

Estuve a punto de ir a un bar a ahogar mis penas en una gaseosa. Pero tenía dos problemas: a) no tenía un peso y b) debía ir a mi casa a darles de comer a mis hermanos.

Castaño se acercó a mí sigilosamente, luego de presenciar la escena en que mi alma abandonaba mi cuerpo, y me propinó una palmada que quiso ser cariñosa y que casi me desbarata el omoplato. Estuvo a punto de decirme algo pero no le di tiempo. Hui despavorido de la puerta del Colegio, donde el ochenta por ciento de mis compañeros trataban de conseguir carnet de adultos fumando sus primeros cigarrillos. A juzgar por las toses que se oían mientras cruzaba la calle, tendrían que practicar mucho más tiempo para conseguirlo.



Pasé a buscar a mis hermanos por la casa de la vecina que los cuidaba hasta que yo llegara. Cociné, no soy un chef pero me defiendo bastante, después lavé los platos, Valentín y Josefina los secaron y guardaron. Les dije que eran un encanto. Los hice dormir la siesta, tenía que estudiar pero no podía concentrarme. Pensaba en ella. En ella. Puse mi *cassette* CPP (canciones para perdedores) que para todos en casa, por si preguntan, es *Cassette Para Pruebas*, no sé pruebas de qué, no pregunten, ellos tampoco lo hacen, Calamaro cantó: *¿Sentiste alguna vez lo que es tener el corazón roto?*, por poco lloro. ¿Se dieron cuenta de que las canciones que pasan en la radio dicen la verdad? Me

refiero a esas que cantan los latinos, esos que no usan apellido. No quiero mencionarlos. Sé que todo lo que diga puede ser usado en mi contra.

Durante toda la tarde traté de recomponerme a la cruel situación de estar enamorado de la ingrata, amiga de motociclistas dos veces más altos que yo y tres veces más anchos. Me interrumpieron Valentín y Josefina, difícil ser un joven de trece años, sexualidad galopante y corazón roto, si se tiene que hacer de niño de dos hermanos menores.

–¿Jugamos a los superhéroes? –sugirió Valentín.

Siempre era así: si jugábamos a Superman, Valentín era Clark Kent; Josefina, Lois Lane; yo, Lex Luthor. Si jugábamos a Pokémon ellos eran Ash y Misty, y yo del equipo Rocket o el villano de turno.

–Está bien –contesté–. Pero yo soy Batman.

Josefina me miró de arriba abajo, desafiante, sonrió y me dijo:

–Nunca serás un superhéroe.

El tercer día de clases estaba sentado en mi asiento, el quinto de la fila de la derecha, cuando me enteré cómo se llamaba ella, la dueña de mis desvelos, Álvarez, Julia. Venía detrás de mí en la lista: Alfonso, Álvarez. Tenía que ser un buen augurio. Y su nombre: Julia. Hermoso nombre Julia. Y recité para mí mismo: Julia eres tan bella como un día de lluvia. Ya les dije que el amor hace que uno se vuelva más idiota. Cursi. Tonto de remate.

En el recreo logré despegarme de Castaño y de Je Je; Gustavo Grezzi, G. G., je je, ¿captan la sutileza? Bauti-

zado así no sólo por sus iniciales sino por su sentido del humor decididamente atroz.

Armándome de valor me acerqué a ella. Estaba sola en un rincón del patio, seguramente ensimismada en sus nobles pensamientos, tal vez en el hambre del mundo o en cómo acabar con alguna enfermedad incurable. Ella, mi Marie Curie. Cuando estuve a su lado me miró traspasándome, lo cual confirmaba mi hipótesis de sus nobles pensamientos. Le dediqué mi media sonrisa, la que me marca un hoyuelo en la mejilla derecha.

-Hola -dije.

-...

-¿Qué tal?

-...

Enfocó en mí sus ojos color miel, con una expresión de "estás ahí pero no puedo verte". Su cara irradiaba aburrimiento y una sensación de estar más allá de todo. ¡Cuánto talento!

-Te vi acá sola y como sos nueva...

-Todos somos nuevos, es el tercer día de clase -respondió con su voz angelical. ¿Les dije ya que su voz es angelical?

-Pero vos sos la más nueva de todos, je, je, je.

Pero ya no estaba. Me dejó hablando solo. La vi irse con su andar elegante, parecía una modelo. Julia, tan bella como el mar bajo la lluvia. No importa, yo le había hablado. ¡Le había hablado! Y ella me contestó. Ya era casi feliz.

Tuvimos clase de Filosofía. El profesor Valenzuela

es de esos que la juegan de amigos y hacen discursos tipo: "Si estudian un poquito todos los días mi materia se aprueba fácilmente", o cosas por el estilo. No pienso repetirlo letra por letra, todos sabemos a qué me refiero. Se pasó toda la hora haciendo chistes. ¿Han oído alguna vez a un profesor de Filosofía contar chistes? Ni lo intenten, estuve a un tris de vomitar.

Ese mismo día tuvimos nuestra primera clase de Educación Física. Verla a ella, a mi Julia, bella como un amanecer con lluvia, con sus piernas torneadas y bronceadas por el sol y una camiseta con la cual parecía haber nacido e ir creciendo, me proporcionaba una sensación inenarrable (bonita palabra esta, inenarrable, la aprendí de una de las enciclopedias que vende mi madre). Vi cómo el repugnante de Castaño la miraba, sus pensamientos se notaban a simple vista, eran mezquinos e inmundos, obscenos y lascivos. Castaño, el lujurioso.

Yo también la miraba. Pero con pensamientos puros. Como miraba a Josefina cuando jugaba a las muñecas, o a Valentín cuando dibujaba acostado en el piso. Así la miraba, con ternura. Hasta que empezaron los ejercicios y sus pechos comenzaron a bambolearse. Tuve que ir corriendo a ponerme el pantalón largo.

Por la noche hubo una discusión en mi casa. Mi madre comenzó con su diatriba sobre la emancipación femenina. Se quejaba de: a) que los hombres no toleran que las mujeres sean inteligentes e independientes; y b) que mi padre no colaboraba en las tareas del hogar.

Con respecto al punto b, es rigurosamente cierto. Mi padre es estudiante crónico de odontología, desde hace diecisiete años, siempre le faltan tres materias; además trabaja. Pero supongo que bastante debe tener con una vocación que consiste en escarbarle la porquería de la boca a la gente, como para ayudar en la casa. Pero cuando llega y se sienta a ver cualquier partido de fútbol y tomar cerveza, hay que reconocer que es chocante. Y cuando digo cualquier partido quiero decir exactamente eso. Es capaz de estar una hora haciendo *zapping* hasta encontrar un partido de la segunda división de Luxemburgo y verlo. Y se fanatiza.

Con respecto al punto a, el discurso de mi madre es un poco más contradictorio. Se queja porque los hombres consideramos a la mujer un objeto sexual y casi llora cuando se le parte una uña.

–Ma –le dije un día–, sos una mujer inteligente e independiente, eso es realmente lo importante –me miró emocionada–. ¿Por qué te enojás, entonces, si te sale celulitis? –me pegó un cachetazo. Desconfíen de las mujeres. Sé lo que les digo. Y además, quiere hacerme partícipe de sus discusiones.

–Julián –me dice–, cuando te cases vas a colaborar con tu mujer, ¿no es así?

Yo callo. En realidad siempre he soñado con que después de tantos años de cuidar a mis hermanos, mi mujer se apiade de mí y me reconozca la antigüedad.

Esa noche, después de la discusión sobre la mujer como objeto sexual y mis recuerdos de Julia, bella como

*Antonio Santa Ana*

el campo bajo la lluvia, con su camiseta ajustada y su bamboleo, me dormí sobresaltado. Por la mañana tuve que cambiar las sábanas.